

Los ociosos oficios del escritor

Oficios de Noé

Guillermo Bustamante Zamudio
Común Presencia Editores, Bogotá,
2005, 104 págs.

Se trata de un conjunto de 68 ejercicios en torno a la figura de Noé, precedidos de una adaptación de la historia bíblica original, hecha, esta última, desde luego, por el mismo autor. Buena parte de ellos toma la forma de una narración, en tanto que otros se constituyen en reflexiones humorísticas en torno a algún elemento del relato básico. De una u otra forma, el libro de Bustamante Zamudio es un ejemplo de todo lo que es posible hacer cuando se trata de elaborar una historia ficticia.



Detenerse en un detalle de las acciones, en un dato del entorno, en una característica de un personaje para replantear el argumento o su interpretación abre siempre posibilidades al asunto. Es así como de pronto cobra vida la esposa de Noé, apenas nombrada en el relato bíblico, para reclamarle por la visión exclusivamente masculina del problema diluvial. De este modo, cuando en el relato dialogado “Cosa de hombres” (págs. 24-25), Noé propone: “El Señor me ha hecho un pedido”, ella cuestiona: “¿Y por qué Él siempre se dirige a ustedes los hombres?”

Y, luego, cuando explica el patriarca: “Él me ha escogido por ser temeroso del Señor”, replica la ignorada: “Perdóname, pero esa virtud la veo redoblada en la mayoría de las mujeres, temerosas no solo del Señor, sino también de nuestros esposos”.

Como se puede ver, en esta revisión del texto legendario, necesariamente aparecen registradas las preocupaciones del mundo actual, tanto en lo estético como en lo ideológico. El vigente problema del discurso de género, se toca también, por ejemplo, en el texto “Pares y nones” (págs. 18-19), en el que se plantea que Noé no pudo cumplir de manera directa la orden de repoblar al mundo de humanos porque fue el único de los sobrevivientes que se vio obligado a salvarse con su esposa, en tanto las parejas de cada animal, macho o hembra, fueron seleccionadas al azar. Esto creó en los cónyuges una atormentadora duda con respecto a lo que hubiera podido significar un cambio de pareja y así fue como nunca más volvieron a tener intimidad.

Pasando a otras cuestiones, aparecen así mismo los efectos que producen en el relato la aplicación de los hallazgos científicos o históricos. Así ocurre en “Genética” (pág. 64), en el cual un instruido Noé descubre que, dado que en su árbol genealógico se resumen los diferentes atributos de todas las especies, él solo es suficiente para salvar el mundo y, después de acopiarse debidamente, se dedica a experimentar con sus propias células en el arca mientras pasa el Diluvio.

Por todo lo expuesto, el relato del Diluvio y su patriarca se convierte entonces en un verdadero “pretexto”, tomando en cuenta las dos connotaciones de esta palabra. Primero, porque es una especie de comodín, punto de partida de cualquier disquisición u ocurrencia. Hay lugar, entonces, en este libro para la reflexión sobre la justicia, el poder, la moral, la ley, la religión... Pero, también, *Oficios de Noé* es resultado de un verdadero pre-texto, un libro que deriva de ese viejo y sagrado relato. Y, en ambos sentidos, esta obra concretiza el sentido de la lite-

ratura, quiero decir, muestra, en la recurrencia del asunto, la libertad creadora, el objeto que surge del ocio, el fruto material de la imaginación, no siempre —hay que decirlo— con logros acertados, cuestión que, viéndolo bien, de igual manera ejemplifica la realidad del escritor y su oficio, cuyos resultados, a pesar de todos los esfuerzos, no son una garantía de éxito; y, luego, es una reelaboración y una refundición, como ha sido la literatura desde Homero hasta García Márquez: un volver a contar, un replanteamiento del problema y de la misma materia.

“Manufactura” (pág. 27), texto que, por su brevedad —característica de todos los textos de este volumen— y ejemplaridad transcribo, puede decir más precisamente lo que arguyo:



La acción de edificar está motivada por su opuesta. La ocasión de desbaratar puede llegar de inmediato, esperar hasta parecer desconectada de la primera, o realizarse apenas en el pensamiento, a causa de un remordimiento anticipado.

Por esto, cuando Yavé vio su creación concluida, le entraron unas ganas inmensas de destruirlo todo. La justificación de poner coto a la maldad reinante es pueril, pues en sus manos estaba hacerlo de las mil y una formas

ejecutables por un dios todopoderoso [...]

Crear, destruir, recrear. Tres palabras unidas a la transitoriedad humana, que acaso, como su dios, como sus dioses, no son sino una muestra de su desasosiego y de su constante rebeldía y que cada nuevo escritor, después de resolver la destrucción siempre suficientemente motivada del mundo heredado y ya corrupto, se propone de modo ineludible: ¿qué salvar del Diluvio?, ¿qué subir en *mi* arca?

Más allá de no pocos ejercicios admirables y atinados, el mérito, entonces, de este libro se halla en la exposición, con sus distintas variaciones del tema diluviano, de los ociosos oficios del escritor.

ANTONIO SILVERA
ARENAS

“Luis iba para Marte, pero cayó en la Tierra por equivocación”

La trascendencia política de lo efímero

Luis Tejada

Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2006, 133 págs.

La expresión que encabeza la reseña es de la tía Rurra, precursora en Barbosa (Antioquia) de las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. Encuentro esta curiosidad, y tantas anécdotas reveladoras, en el libro de John Galán Casanova, *Luis Tejada. Vida breve. Crítica crónica*, en una fina edición de Panamericana (2005). Aprendemos ahí que sólo unos meses luego de entrar al colegio, a Luis lo echan porque peleó con el maestro. Venía de un ambiente liberal. Su padre llegó a ser secretario privado de Rafael Uribe Uribe. El niño es puesto bajo la tutela de la tía María Rojas Tejada, precursora de la educación femenina en Antioquia. Por parte de su madre,

es sobrino de la aguerrida María Cano y de los fundadores del diario El Espectador, donde va a trabajar en Bogotá, luego de que su tío, Luis Cano, le rechazara la primera crónica, porque no es “de actualidad”. El joven adolescente vuelve al colegio, y meses antes de graduarse de bachiller con los Hermanos de la Salle, es expulsado, por leer “libros prohibidos”. El poeta Luis Vidales (eureka, tres Luises en tan breve trecho), unos años menor y amigo de Tejada, declara que el hombrecito “tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso”. Agrega: “Él era el centro de nuestra generación. El jefe nato, nuestro núcleo rumorante e inquieto”. Con palabras así, más o menos, Pablo Neruda se refiere al carácter de Federico García Lorca. Se dice *paloma duenda*: si son mensajeras y migratorias, es porque a lojan en su cabeza el mineral magnetita, que les permite orientarse con el magnetismo de la Tierra. En estos dos genios y figuras (nacen el mismo año 1898, Tejada y Lorca), el magnetismo es el mero duende, que no viene sino huele la muerte cerca, la cual viene a sorprenderlos temprano, al final de la noche, al uno en Granada (1936), ¡*Oh mi Granada!*, al otro en Girardot (1924), *la ciudad de los zapatos blancos*.



Si uno lee de entrada la contracubierta, encuentra ya una errata en este librito; se cita la Presentación de Carlos Vidales al principio del texto, que a su vez cita una crónica de Tejada, “Los caminos”; donde dice “flaquean los páramos ingentes”, debe decir: “flanquean los páramos ingentes”. El texto está plagado de erratas, una verdadera

peste, estas ediciones desde (muy) abajo, ¿dónde estaba el digitador, si ya no en Marte ni en la Tierra, bajo qué luna pálida lo coge la noche, en qué hueco negro, cuántos gazapos más reveladores de su inopia; varias veces leemos “peor”, cuando debe decir “pero” (págs. 74, 126); “nuestro gentil contendor” (pág. 44), es “nuestro gentil gentil contendor”; o bien: “dulces cadáveres clientes” (pág. 53), donde debe decir “dulces cadáveres calientes”; ésta otra, como si el corrector de pruebas o estilo estuviera descifrando un jeroglífico, al leer el texto de Luis Tejada: en la crónica “El pescador” (pág. 72), leemos: “va sigiloso por la orilla, había paso, como si bajo del agua estuviera dormida su amada” (pág. 73), debe decir, por supuesto: “va sigiloso por la orilla, habla paso, como si bajo del agua estuviera dormida su amada”. En la pág. 100, viene la ingeniosa crónica de Tejada “Sobre el amor y la belleza”; dice: “sobre el ataúd, escueto, venía sentada la tremenda Venus montaras (sic), fría y sencilla, fumando en silencio su tabaco”. Sin duda, debe decir *montaraz*. Es un verdadero horror esta edición, y es indigno del *Príncipe de los cronistas* (el nombre lo acuña una revista, *Caminos de Barranquilla*, donde colaboró nuestro antihéroe), al que se quiere (¿?) resaltar, editando algunas crónicas suyas (dejando de lado tantas crónicas claves de su pensamiento y de su estilo, como “Elogio del espíritu de contradicción”, “Viajes”, “El amor a la vida”, etc.), sin poner fechas junto a las crónicas, cuando ocurre que las fechas hacen parte del acontecimiento minúsculo que da lugar a una crónica: “A las cinco en sombras de la tarde” (Lorca, cuando muere el torero Sánchez Mejías en el redondel de la plaza, y cuando irrumpe el fascismo en España). El título del libro, rebuscado tópico que muere al pronunciarse: *La trascendencia política de lo efímero*. En la crónica “Gotas de tinta”, Tejada, dice que el “mejor cronista es el que sabe encontrar algo maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascendente lo efímero; el que, en fin, logra poner